



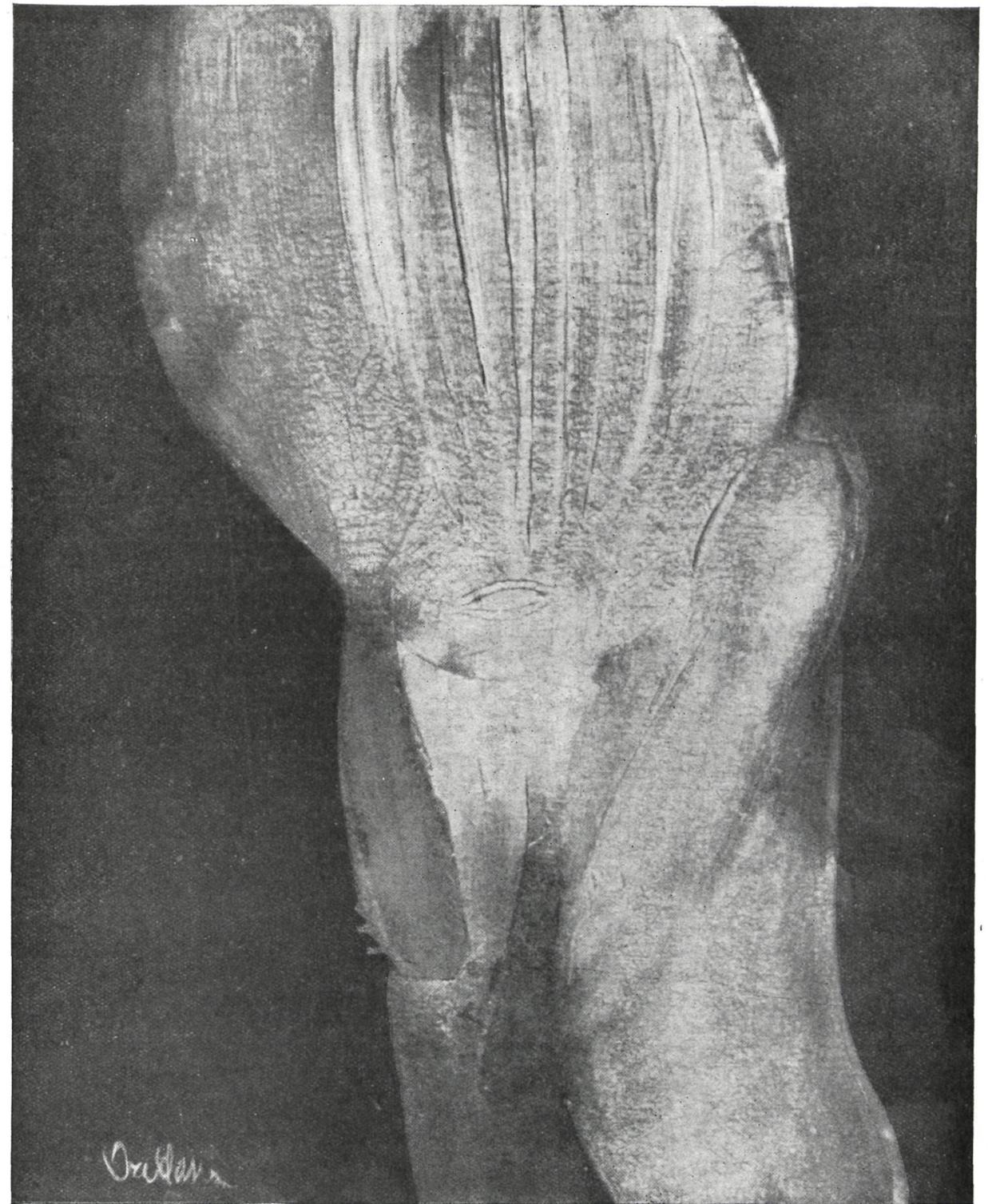
JUAN GENOVES: «Del Barro»

I

Desde hace casi un decenio preocupa a una gran parte de los pintores y críticos la posibilidad de hallar una *nueva figuración*. Dicha suerte de pintura es más fácil definirla por exclusión que en virtud de sus características positivas. No es ya *figuración tradicional*, pero tampoco desea ser *pintura no objetiva*. Hay en ella alusiones a diversos objetos de la Naturaleza, paisajes o figuras humanas generalmente, pero dichos objetos son difícilmente reconocibles. No sólo no pretende el pintor transcribir fielmente la realidad circundante, sino que utiliza de una

manera sistemática todas las posibilidades de factura, de disolución de la forma y de interpenetración del color, que han hecho posibles las modalidades más avanzadas de la pintura no objetiva.

Dadas estas características, caben dentro de la *nueva figuración* tantas tendencias como pueden haber dentro de la *figuración tradicional* o de la *pintura abstracta*. El único nexo entre esas diversas tendencias neofigurativas consiste en que, más que objetos en sí mismos, pretenden captar el espíritu de las formas, el alma de un paisaje o



GASTÓN ORELLANA: «Espectral»

La nueva figuración en la Escuela de Madrid: Soky Maniquant, Gastón Orellana y Juan Genovés



de un ser humano, el último sustrato o temblor de vida que todo lo creado deja en quien lo contempla con una mirada ingenua.

II

En esta nota he querido reunir a tres de los pintores neofigurativos que actualmente residen en Madrid y que están aportando muy personales matizaciones a la problemática de esta pintura. Tan sólo uno de estos tres pintores —el valenciano Juan Genovés— es español. Los otros dos proceden de dos extremos del mundo: Sooky Maniquant, euroasiática de ascendencia franco-indochina, procede de las lejanas tierras del Extremo Oriente, en las que ha nacido. Gastón Orellana, peruano, hereda los frutos de la labor que nuestros antepasados realizaron en tierras de América. Su sangre española ha asimilado características de fatalismo indígena, de igual manera que en Sooky Maniquant se han sintetizado el *saber de salvación* oriental y la *capacidad de actuación* del Occidente europeo.

III

Entre los tres artistas elegidos como más representativos para este ensayo existen, no sólo las diferencias naturales debidas a su individual concepción de la pintura, sino también las originadas por su especial circunstancia cultural. Tal vez el mejor camino para comprender esas diferencias consista en meditar un instante en dos viejos fragmentos líricos chinos, uno de ellos de Su-Tung-Po y el otro de Tao-Yuan-Ming.

Dice así el primero de ellos:

*Quién juzga de pintura por la semejanza de las formas,
debe considerarse un niño.*

El segundo de los fragmentos, el debido a Tao-Yuan-Ming, no es aplicable enteramente a los tres pintores estudiados, pero sí, de una manera casi total, a Sooky Maniquant, nacida en Extremo Oriente, y de manera parcial a Gastón Orellana, nacido en Perú. Dice así este segundo fragmento:

*Edifiqué mi casa en medio del país de los hombres,
pero no llega aquí el ruido de sus coches.
¿Me preguntas cuál puede ser la causa?
Mi corazón está lejos; se ha perdido en sí mismo.*

IV

Hay, sin duda, perceptibles semejanzas externas entre las obras de los tres pintores aquí estudiados; todos ellos tienden a superponer estrias caligráficas o densos empastes sobre la casi totalidad del campo cromático. Tienden también a una dispersión explosiva de las formas, la cual no es incompatible con una contención de fondo. Se tiene así, a veces, la impresión de que en estos lienzos cada forma desea estirarse y evadirse a través de los cuatro lados del soporte, pero que lleva en su interior algo así

como un corazón pulsante que la retiene y le impide disolverse a la manera habitual en los lienzos estrictamente fluctuantes de un Feito o un Gran.

V

No nos engañemos, no obstante, a base de semejanzas de tipo más bien adjetivo. El que en Sooky Maniquant las estructuras formales sean similares a las de ambos pintores, no prueba la identidad de la voluntad de expresión. Incluso la forma profunda, la que conforma y da vida a la obra, puede ser diferente en estos tres creadores, aunque sigan caminos paralelos sus formas aparentes. El viejo dístico chino nos incita a no quedarnos en la superficie de la pintura. Por debajo de ella existe la totalidad del horizonte vital de su autor. Sooky Maniquant es una extremo-oriental, cuyos abuelos son franceses y cuyas abuelas son indochinas. Ha vivido, por tanto, íntimamente ese sentimiento de la fugacidad de todo lo creado, tan anclado en los más profundos estratos de la sabiduría oriental. Su obra parece mantenerse a infinita distancia del espectador. Tanto a Sooky Maniquant como a sus lienzos les son así aplicables los versos del segundo fragmento poético antes citado. La autora ha edificado su casa en medio del país de los hombres, pero como su corazón se hallaba lejos, perdido en sí mismo, no ha podido ser perturbada por el ruido de sus coches y afanes.

VI

En Gastón Orellana hay ya una solución de compromiso: Los indígenas del Perú eran, en unión de los del Virreinato de la Nueva España, los más evolucionados de América. No habían alcanzado, no obstante, un *saber de salvación* similar al de Oriente. Se hallaban a mitad de camino en el alejamiento del ruido aparential de las cosas. El fatalismo, la dignidad y una resignada indiferencia sustituían a la sabiduría metafísico-panteísta de China, Indochina y Japón. España aportó además a América un vendaval de actividad y de esfuerzo continuo. Los hombres de la conquista luchaban y morían por ideales supremos, pero se afanaban también por los bienes terrenos y deseaban dejar su impronta sobre todas las obras que insaciablemente emprendían. Producto el Perú de la fusión del fatalismo incaico y la capacidad de acción europea, debe tener el arte auténtico allí producido facetas que le releguen a su origen bifronte. Eso sucede con la pintura de Gastón Orellana. Este pintor vive también en medio del país de los hombres, sin lograr que su corazón se pierda enteramente en el mismo. Lo consigue, no obstante, en gran parte, y ello explica la actitud hierática de muchas de sus figuras, así como ese final poso de displiencia que es perceptible en una gran parte de sus creaciones.

VII

En el español mediterráneo, Juan Genovés es la actividad la que prima. El cálido rojo de sus últimos lienzos

pone (incluso cromáticamente) una nota de fuerte expresividad en cada obra. Verdad es, no obstante, que a través del viejo mar de la civilización han podido llegar hasta él viejos recuerdos del *normalivismo* helénico y que desea velar, a veces, con una final nota de mesura, su española impulsividad. El deseo de acción se impone, no obstante: sus estrías, más que obtenidas por aplicación directa, parecen logradas por incisión, arrancando capas en una previa aplicación pigmentaria. Se imagina, incluso, la huella de un arado que ha recorrido el lienzo, y tanto el rostro como el paisaje parece abrirse en surcos fecundos, en los que caben todas las semillas. En su *nueva figuración* hay siempre una presencia fisiológica, una palpación de sangre o de organismo viviente que parece dispuesto al ataque o la fuga. Se trata de una obra en perpetua movilidad que puede lo mismo seducirnos por sus valores extraplásticos de fuerza y de captación de la vida que yace en la entrañas del ser de Occidente, que por la maestría de unas ordenaciones formales en las que Juan Genovés utiliza en cada zona del campo pictórico el cromatismo y la factura insustituibles para la intencionalidad expresiva de cada lienzo concreto.

VIII

El que estos tres pintores coincidan simultáneamente en Madrid prueba, al mismo tiempo, tanto la unidad como la variedad de la actual escuela madrileña. Coincidentes en lo que constituye la máxima aportación de Castilla a la problemática plástica contemporánea, es decir, en la contrapesada composición, en el rigor de los encadenamientos formales, en la sensibilización de la materia, merced a una sabia factura, y en los sordos velos con los que amortiguan su originariamente rico color, se diferencian, en cambio, en lo que forma parte de su personal concepción del mundo: Juan Genovés actúa como un europeo y no tiene inconveniente en desgarrar *bárbaramente* sus superficies cromáticas, siempre que con ello logre intensificar el buscado choque emocional; Gastón Orellana se muestra más parco en la exacerbación del poder expresante de la materia o de la destrucción interior de la forma; Sooky Maniquant se halla en su obra más allá de las contingencias aparentes: sus plásticas transcripciones de la llanura de Castilla parecen ser una incitación hacia el perdón y la comprensión. Dios puede hallarse en todas las cosas, y Sooky Maniquant nos hace ver que también sobre la inmensidad de la estepa ha pasado el sople de Dios. Entre los tres nos deparan unos ejemplos perfectamente diferenciales de cómo dentro de una filosofía de la cultura las formas plásticas no pasan de ser la objetivación estilística de una previa voluntad de expresión formal. Cada uno traduce, a su modo, una insustituible concepción del mundo y del destino del hombre. Las formas pictóricas, tan parecidas en los tres a la primera mirada, son, en una visión más profunda, *saber de salvación*, en Sooky Maniquant; *resignación milenaria*, en Gastón Orellana, y *voluntad de poder*, en Juan Genovés.

CARLOS ANTONIO AREAN

HA MUERTO EL PERIODISTA

RAFAEL ORTEGA LISSON

Con él desaparece uno de los más ilustres de la vieja estirpe de periodistas madrileños

El ilustre periodista madrileño don Rafael Ortega Lissón ha fallecido en las primeras horas de la mañana del día 24 de marzo, en su domicilio de Madrid. El entierro se efectuó el domingo, día 25, a las diez de la mañana.

Ortega Lissón, que contaba setenta y dos años de edad, había sufrido una dolorosa operación hace unos meses. No obstante, permaneció en activo de la profesión periodística, dando pruebas de una vocación admirable. Hasta muy poco antes de producirse su fallecimiento estuvo publicando en el diario «Pueblo», a cuya plantilla de Redacción pertenecía, su sección «Arco de Cuchilleros», que le había valido consagrarse como uno de los más apreciados cronistas de la Villa de Madrid. Sus campañas en favor de cuantos precisaban ayuda tuvieron siempre eco en esta columna, en la que gozó de gran popularidad.

En la Diputación Provincial todos le conocíamos y todos le queríamos, pues se puede decir que durante cerca de veinticinco años realizó la información de nuestra Corporación, poniendo en todas sus noticias, no sólo la claridad y rectitud de juicio que le caracterizaban, sino un especial afecto hacia nuestra casa. Don Rafael, como se le conocía entre nosotros, era uno más en la Diputación, por su compenetración con los problemas provinciales, pero era también, por sus destacados méritos, persona de relieve especial, cuyo consejo siempre se oía con interés.

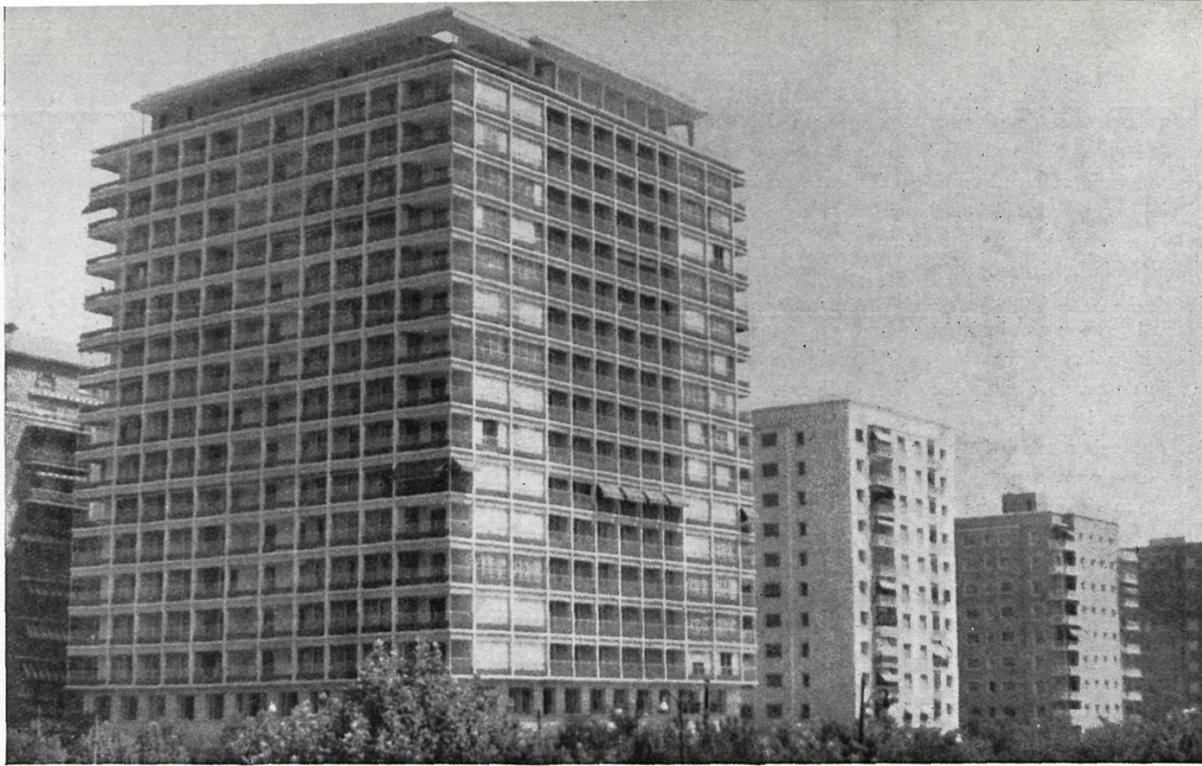
Horas antes de fallecer, Ortega Lissón recibió los últimos sacramentos atendido por su confesor.

Rafael Ortega Lissón estaba considerado como uno de los más veteranos y completos periodistas de la capital de España. Había consagrado la mayor parte de su vida a la profesión, en la que conquistó nombre, merced a su pluma fácil, agilidad de interpretación y una vocación ejemplares.

Después de una intensa actividad literaria, que le dió los primeros triunfos en el mundo de las Letras, Ortega Lissón ingresó en el diario madrileño «La Nación», en la década de los años veinte. Allí se distinguió por su formación y criterio, hasta pasar a la Redacción de «A B C», donde figuró como redactor político al lado del que fué primer redactor parlamentario del citado periódico, don José Losada de la Torre. En Ortega Lissón se dió al mismo tiempo la circunstancia de haber sido el único redactor que figuró en la plantilla de la revista «Blanco y Negro», en su primera etapa, que terminó en 1936. Las difíciles circunstancias políticas que durante la segunda República española rodearon a las publicaciones de «Prensa Española», situaron a Ortega Lissón en vanguardia de un periodismo que en aquellos momentos significaba estar expuesto a lo peor. Durante la Guerra de Liberación española sufrió cautiverio y persecuciones.

En 1939 fué uno de los primeros periodistas que se incorporaron a la Agencia «Efe», como redactor del Extranjero, para ingresar poco después en el diario vespertino «Pueblo», desde la fundación de este periódico. También pertenecía desde hace años a la «Hoja del Lunes», de Madrid. En cada una de estas Redacciones, Ortega Lissón dejó pruebas bien evidentes de su vocación y formación. Era cronista de la Villa, y estaba en posesión de varias condecoraciones nacionales y extranjeras, entre ellas, las Órdenes de Cisneros y del Mérito Civil y de la Corona de Italia. Pertenecía a la Junta Directiva de la Asociación de la Prensa madrileña desde hace cerca de veinte años, habiendo sido reelegido en todas las ocasiones por sus compañeros. También desempeñaba la función de Secretario de la Asociación de Escritores de Turismo.

Persona caballerosa y de gran corazón, era muy querido, tanto por sus compañeros de profesión como por cuantas personas le trataron. Bien puede decirse que con su muerte desaparece uno de los más ilustres de la vieja estirpe de periodistas madrileños.



EL NUEVO GRAN MADRID

HASTA hace poco había tres Madrid. Uno, el clásico, comprendiendo en él tanto a la parte baja de la Morería como a la del contorno de la plaza de Oriente. Ambos Madrid pertenecían a la misma época y tenían su faceta señorial y popular en cada uno de esos dos enclaves. Otro tercero, decimonónico, es el galdosiano, comercial, mesocrático, cuyo emplazamiento se circunscribe en los alrededores de la Puerta del Sol, comprendida la calle de Atocha y la derecha de la Gran Vía. Esta avenida tomó su fisonomía propia de gran urbe entre norteamericana y parisién, con este último carácter en sus primeros trozos y con su cuño americano en el último. Otras zonas, como las de Chamberí, Argüelles, barrio de Salamanca, están más o menos influenciadas o ligadas a estas tres características urbanas de estilo y época. En estos barrios últimamente mencionados, así como el de Vallehermoso, mezcla de chamberilero y del mesocrático Argüelles, se representa el Madrid del siglo XX. Casi en su totalidad ha sido hecho este



Madrid en el primer tercio de nuestro siglo, y a él pertenecen los tipos urbanos de sus construcciones y vías. Cuatro Caminos es más bien una prolongación de Vallehermoso y Chamberí, como el Puente de Vallecas viene a ser de la calle Atocha. Estos tres Madrid han representado la fisonomía del Madrid total, una ciudad, con sus defectos y cualidades, que no se parecía a ninguna otra. Una ciudad con auténtica personalidad.

Pero he aquí que en la segunda mitad de este siglo se ha levantado él solo, sin empeño municipal, estatal ni privado, obediencia a imperativos de su expansión; otro Madrid, que nada tiene que ver con los que hemos reseñado. Este Madrid ha nacido él solo, dentro de los planes urbanizadores, como es lógico; ha sido una eclosión impensada. Solamente unos cuantos hombres, con vista del porvenir, otorgaban a los terrenos de esa extensa zona un espléndido futuro. Pero otras muchas personas se fijaban en distintas zonas que han sentido la natural influencia de la expansión de la capital, sin ese abrirse, por así decirlo, en un orto impresionante. Este Madrid es el que ha surgido soberanamente en la zona Norte.

Pasados los Nuevos Ministerios hay una ciudad nueva, con un estilo propio, el de los tiempos actuales; una ciudad que crecerá ilimitadamente. Su perfil es tan distinto del resto de Madrid, que de los mismos barrios nuevos de Cea Bermúdez e Isaac Peral, con los ojos cerrados, llegando allí, puede distinguirse de los otros barrios. Recordamos a un amigo, ausente durante quince años de Madrid, a quien

llevamos a ver este barrio, por los alrededores del Estadio Bernabéu. Cerrada la noche, con los altos edificios iluminadas sus ventanas, parecía una ciudad surgida mágicamente. El amigo a quien se la mostrábamos nos decía que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para creer que se hallaba en Madrid. Le dijimos que era Madrid, el Madrid del futuro.

Nuestra capital crecerá en esa dirección y el centro se trasladará al Norte. No dentro de muchos años, el meridiano que es hoy la avenida de José Antonio se trasladará a esa otra gran avenida que va desde la Moncloa a Barajas, y comprende las calles de Cea Bermúdez, General Sanjurjo, María de Molina y avenida de Barajas. Los tramos de ésta son más apropiados para esa función importante que guarda el futuro a esta vía. Los de General Sanjurjo y Cea Bermúdez son notoriamente angostos para ese porvenir. Esta gran avenida cruzará con otra no menos grandiosa. La que irá desde Atocha al pueblo de Fuencarral. Ya existe una avenida admirable, que comprende paseo del Pardo, avenida de Calvo Sotelo, Castellana y Generalísimo. Esta última crecerá a lo largo hasta el referido pueblo. En ella se cumple mejor que en ninguna la anchurosa condición imprescindible para ser lo que en el futuro será sin duda alguna. Estamos en la época de las grandes avenidas, para lo cual hace falta terreno por delante. Estas dos arterias lo tienen. No existe gran ciudad que no posea, transversales, amplias y largas avenidas, de muchos kilómetros. En Madrid se están realizando ahora donde únicamente es factible. Ese será el gran Madrid del siglo XX.

El resto de Madrid sobrevivirá, un poco al amparo de la fuerza vital del nuevo. Sus calles evocadoras, con su historia y su vida peculiar, tendrán enorme atractivo. Será el Madrid clásico, comprendido desde ese meridiano para abajo. La Gran Vía significará la supervivencia del antiguo esplendor. Será la gran calle comercial de otra época, también llena de vida, a su manera, como hoy lo es la calle de Atocha, que pueda ser considerada la Gran Vía del siglo pasado. Mantendrá su estilo arquitectónico, en grato contraste con el del nuevo Madrid. Y habrá mucha gente que lo prefiera. Poco a poco toda la agitación que ahora le acomete se irá desplazando hacia la zona Norte, a medida que organismos, empresas, espectáculos y establecimientos vayan instalándose allí. Será un paisaje nocturno mucho más rutilante aún que el que ofrece el centro actual. Estará a la altura de las urbes más luminosas y transitadas del mundo. En el Norte, la agitación supermoderna. En el Sur, la calma de las ciudades con solera. Habrá, pues, donde elegir. Y hasta es posible que ello salve a los



viejos palacios, puesto que, al trasladarse a su parte alta el bullicio, la superpoblación, no será preciso demoler los señoriales edificios para hacer colmenas de vecinos, puesto que quedarán un poco desplazados del centro de la vida capitaléna.

Los que lleguen a conocer este indudable resurgimiento de Madrid —para lo cual no es necesario vivir mucho—, se maravillarán. Ya resulta bastante alucinante el contraste que se experimenta en un viaje por la ciudad del extremo Norte al Sur. Pero resultará pálido junto al contraste que entonces ofrezca. Esa avenida que hemos apuntado y lleva el nombre del Generalísimo, partiendo de los Nuevos Ministerios hasta su final, en Fuencarral, pueblo que hoy es un poco ya la prolongación de la Castellana, será un río de luz, circulación, una superación de la vida urbana. No será raro escuchar algo que hoy nos parecería incongruente:

—A mí me gustan los barrios tranquilos, apacibles, hasta un poco solitarios. Por eso no salgo de la avenida de José Antonio.

Un poco exagerado sí es esto, pues ya decimos que,